

Pero las afinidades con *El carnero*, que fue escrito exactamente un siglo después de fundada la capital, no paran allí, y constituirían un estudio muy interesante acerca de la mentalidad del conquistador que se va convirtiendo en colonizador. Véase esta, con la cual pone punto final a un capítulo (pág. 636):

... Mas por agora yo me siento
De los pesados lloros cuasi
[ciego,
Querría hacer pausa de presente
Y descansar primero que lo
[cuenta.

El procedimiento es parejo al de Rodríguez Freyle:

Ponga aquí el dedo el lector y espéreme más adelante, porque quiero acabar esta guerra.

O bien:

Y pues la noche dio lugar a esta retirada y excusó tantas muertes, excúseme a mí por un rato este trabajo hasta el día, que pues todos los animales descansan, descansaré yo.

Muy semejante al *Carnero* es también el uso de máximas y proverbios al comenzar capítulo, como para adelantar la moraleja y edificar al lector con la enseñanza moral que traerá la historia, quizá non sancta, que se va a relatar.



Mil y mil curiosidades surcan esta lectura infinita como el mar.

En fin, esta reseña quiere ser apenas un abrebocas para quien se interese en una lectura que, aseguro a quien llamen la atención estas notas, no dejará de serle grata.

De la edición diré que es aceptable, así sea por el solo hecho de existir, aunque se nota cierto descuido, repeticiones inútiles e incluso alguna contradicción. Los subtítulos son confusos, no obedecen a un plan coordinado y están mal numerados, y el libro está lleno de errores tipográficos diversos que no son propiamente de Castellanos: *aspirati6n* por *aspiraci6n...*, *Benefiao* por *Beneficiado*, etc., cantidad de tildes mal puestas sobre las íes. Pero al cabo uno se pregunta, ¿cómo pedir mayor cuidado, ante semejante tarea titánica, pantagruélica? La ayuda del computador, quizá sea de gran importancia en una edición como ésta.



Pero la gloria de este libro es su documentación, amplísima, que comprende más de doscientas páginas de índices, a cargo de Cristóbal Acosta Torres, "quien con escrupulosa pasión de relojero armó el mundo trágico de las *Elegías*". Tanto es así, que el índice de nombres indígenas no es propiamente un índice sino algo más amplio, un diccionario, pero es sin duda lo mejor de esta edición. Acertadas son, por lo demás, las muchas ilustraciones que quitan un poco de monotonía visual a tantas páginas de endecasílabos en doble columna.

Acaso si se echen de menos breves resúmenes previos de cada capítulo para orientar un poco más al lector, pero no todo podía ser perfecto. Quizá no se trate de "la edición definitiva" como lo pretende el editor; lo de "edición definitiva" siempre ha sonado pretencioso y sugiere próximas señales del Apo-

calipsis. La fecha de la edición —además— es mentirosa, por cuanto, a pesar de haber sido publicado el libro en 1997 no vino a estar al alcance del público sino en 1999.

En suma, esta, la primera edición de las *Elegías de varones ilustres de Indias*, en un solo tomo, es un esfuerzo muy notable y dignísimo de aplauso. Los amigos de las buenas letras, en todo caso, lo agradecemos y le damos la bienvenida.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Veintiséis mil treinta y dos coroneles no tienen quien les escriba

La guerra de los Mil Días.
Testimonios de sus protagonistas
Aída Martínez Carreño
Editorial Planeta, Bogotá, 1999,
232 págs.

El libro de Aída Martínez Carreño, miembro de número de la Academia Colombiana de Historia, es un recuento testimonial de uno de los episodios más cruentos y polémicos de aquello que se conoció después como la guerra de los Mil Días. Testimonial, ya que la autora recurre a las fuentes vivas a través de los protagonistas, tanto directos como indirectos, en un conflicto que a lo largo de tres años produjo ríos de sangre en una parte del territorio colombiano, el cual, al mismo tiempo, habría de enmarcar luego y hasta nuestros días gran parte de las circunstancias históricas que hoy vivimos. *La guerra de los Mil Días* es el libro de una santandereana, de una bumanguesa que recogió con fidelidad en diversas fuentes el completo material que lo conforma. El caudal propiamente documental fue rescatado en el Archivo General de la Nación, en donde la autora extractó la información contenida en

los expedientes de veteranos del Ministerio de Defensa, los cuales reúnen alrededor de 26.032 hojas de vida de los combatientes que esperaban ser escalafonados tras su participación en el conflicto. Buena parte de estos documentos fueron estudiados por la autora, la cual debió obviar en ocasiones la confusión o inexactitud de las narraciones consignadas. La otra parte de su apoyo documental la integran testimonios más próximos, como son los relatos orales de algunos de los descendientes de los protagonistas, y otros menos directos, como son los aparecidos en la prensa de la época. Pero los testimonios más valiosos en orden de importancia los conforman —parte de la abundante bibliografía existente y de la cual se hace referencia en el libro— los documentos íntimos o personales de algunos de los participantes, tanto directos como indirectos, tales como diarios o cartas. Una parte de este material (en especial el diario personal de Bartolomé Rugeles López) permite seguir con gran viveza la naturaleza del conflicto, centrado en particular en Bucaramanga, escenario principal de la guerra, ciudad en la cual fue escrito el diario de Rugeles, infortunadamente incompleto. Aparecen en el libro transcripciones de las memorias de Fernando García Burbano, publicadas por el nieto con el título de *Diario de papá Fernando*. Aparecen, asimismo, cartas íntimas, como las de doña María Antonia Mutis de Harker, escritas a su esposo, un jefe conservador. Como complemento de todas estas visiones personales de los acontecimientos de entonces, consigna el libro apuntes del *Diario personal* del abogado conservador Manuel Enrique Puyana. La autora tuvo acceso, además, al abundante material documental perteneciente al general Próspero Pinzón, jefe de las fuerzas gobiernistas, compuesto por innumerables mensajes, órdenes y telegramas, así como también por cartas personales, tarjetas, discursos y proclamas; de todo este material que perteneció al militar que condujo las fuerzas gobiernistas hasta la victoria fi-

nal, se destaca el material en que aparece consignada información sobre la participación de algunos miembros del clero en el conflicto: los “curas espías”, como los llama la autora, y a los que dedica una porción de su libro.



Tras la muerte del presidente Rafael Núñez, en 1894, asume la presidencia Miguel Antonio Caro y se inicia así uno de los periodos más críticos para la Colombia de entonces. La intransigencia de Caro terminó por encender los ánimos del ala radical del partido liberal, lo cual, sumado al caos económico en que se encontraba sumida la nación, determinó finalmente la oposición abierta del liberalismo, representado en el Congreso por dos de sus miembros: Luis E. Robles y Rafael Uribe Uribe. En los sufragios presidenciales de 1898, y ante la imposibilidad de ser reelegido, pues por mandato constitucional estaba impedido, Miguel Antonio Caro decide seguir gobernando el país a través de Manuel A. Sanclemente, como presidente, y de Manuel María Marroquín, como vicepresidente. Viejo y enfermo, Sanclemente es elegido, a pesar de la oposición de la Cámara de Representantes y del mismo partido conservador, al cual pertenecía. El 3 de noviembre de 1898, Sanclemente fue posesionado por la Corte Suprema de Justicia y, como su estado de salud le impedía residir en Bogotá, debió ejercer su gobierno desde las poblaciones de

Anapoima, Tena y Villeta, alejado por completo del centro del poder. Su ausencia de Bogotá, así como sus roces con la fronda burocrática que imperaba entonces en el país, dificultaban cada vez más su gobierno y lo fueron alejando del poder. Sanclemente comprendía que la división del partido conservador ponía al país al borde de la revolución. Su política de “Paz, concordia y tolerancia” no era tenida en cuenta.

La baja en el exterior de los precios del café (uno de cuyos mayores productores y exportadores era Santander), el mal manejo de las finanzas públicas y el déficit fiscal, fueron los factores que habrían de acelerar el proceso revolucionario que iniciaría el liberalismo apoyado por una facción del conservatismo conocida como los “históricos”. En Santander, futuro escenario de la guerra, la situación de crisis económica se sentía con mayor intensidad y agudizaba aún más la situación política. En el gobierno del vicepresidente Marroquín la crisis se ahondaba, pese a que quiso gobernar con autonomía ante Caro. La gravedad de la situación política y económica tuvo su detonante en el decreto de julio de 1899, en que se declaraba turbado el orden público en Cundinamarca, Boyacá y Santander. Se desatan las persecuciones políticas en otras regiones del país mientras el liberalismo reclamaba el reconocimiento de sus derechos políticos, la participación en los cargos de elección y garantías para sufragar. El liberalismo de Santander, que en 1884 se había levantado ante los malos manejos en el proceso electoral, como también lo había hecho en 1895, fue derrotado en ambas ocasiones, por lo cual imperaba dentro del partido un sentimiento revanchista que luego sería explotado por los jefes de la revolución.

En la reunión liberal de Zipaquirá en 1898, comienzan a perfilarse dos de las figuras más importantes de la revolución: Rafael Uribe Uribe y Foción Soto. En 1899, en Bucaramanga, se da el paso definitivo en favor de la guerra, con la participación de Uribe Uribe y los más im-

portantes jefes liberales del departamento. Allí se destaca el liderazgo de Uribe Uribe y surge el compromiso de hacer la revolución, a la que los comprometidos dedicarían “todos sus esfuerzos económicos y el trabajo que ello demandara”, y para dar inicio a la misma se estableció una fecha tentativa (20 de octubre de 1899), en la cual se haría la declaración formal de guerra y la consiguiente toma de Bucaramanga. Aquileo Parra, que era en ese entonces el director del partido, no estaba de acuerdo con esta decisión, que consideraba apresurada, y por ello renuncia. En su lugar fue elegido en Santander Paulo Emilio Villar, un liberal belicista, y se da así comienzo al proceso agitacional a través de las “juntas” creadas para revitalizar el partido. La guerra se inicia antes de la fecha fijada, débilmente organizada y mal dirigida, lo cual era sabido por los miembros del directorio liberal que se oponían a la misma. Días después de iniciadas las hostilidades (27 de octubre de 1899), se conoció una carta, enviada por uno de los jefes revolucionarios, apresado por las fuerzas del gobierno, en la que se afirmaba que la revolución sólo se llevaba a cabo en Santander y no en el resto del país. El 5 de noviembre de 1900, Uribe Uribe llega a la Mesa de los Santos con el propósito de detener la guerra, pero finalmente allí acepta dirigir las acciones. El día 14 del mismo mes, luego del fracaso de las fuerzas revolucionarias en la toma de Bucaramanga, Uribe Uribe se presenta en Piedecuesta para evadir su responsabilidad en la acción fracasada, pues, según él, no había dado la orden de iniciar el ataque. Por ello, al ver perdida la situación, se retira a Tona. A raíz de esto, muchos de los revolucionarios perdieron la confianza en Uribe Uribe a pesar de sus descargos. Hubo entonces una dispersión de las fuerzas, ya que varios de los combatientes se negaban a seguir al “antioqueño”, habían dejado de creer en el “maicero”. En el pueblo de San Andrés un grupo de boyacenses al mando del general Tomás Ballesteros se rebeló con gritos de

“muera y abajo el general Uribe Uribe”. El 21 de noviembre de 1900 queda plenamente confirmada la noticia según la cual sólo en Santander se daban los levantamientos mientras que en el resto del país reinaba la paz. Tras el fracaso de la revolución en Santander, arreció la represión sobre los liberales en el resto del país por parte del gobierno, la cual se centró en primer término en Cundinamarca y en el Tolima. Como saldo a favor de las fuerzas revolucionarias liberales en la guerra, sólo queda la victoria de éstas en la batalla de Peralonso. A comienzos del año 1900 la guerra arreciaba en Cundinamarca y en el Tolima al mismo tiempo que el gobierno de Sanclemente era cada vez más débil y opaco. Ante esto anota la autora: “Un gobierno débil buscando sostenerse con decretos intimidatorios, un presidente manipulado por sus inmediatos, una situación económica desastrosa, cubierta con emisiones de billetes sin ningún respaldo, frentes de batalla en diversos puntos del país y un general [Pinzón] asaltado por dudas e inseguridades, fueron las ventajas que la revolución liberal dejó escapar perdiendo una de sus mejores oportunidades”. Sobre el discurso triunfalista pronunciado por Uribe Uribe en Ocaña tras la derrota sufrida en Palonegro, anota la autora (que trata de rescatar la imagen del general derrotado): “Aún tuvo Uribe Uribe, ya abiertamente distanciado de los otros jefes liberales, *el coraje* [subrayamos] de pronunciar un nuevo discurso en la plaza de Ocaña que es muestra de su *tosudez* [subrayamos], de su valor, de su resistencia a la adversidad [...] y *hasta su empeño de ocultar la tragedia más allá de lo posible* [subrayamos]”. El discurso de Uribe Uribe termina así: “Cuando más podrá decirse que fue una batalla indecisa” (a pesar de la aplastante victoria de las fuerzas gobiernistas en ella, agregamos). Y añade la señora Martínez, al comentar los esfuerzos de los jefes liberales para resarcirse de la derrota: “emisión de billetes toscamente impresos, puros papeles sin ningún valor...”. De los cinco ejércitos

anteriores, el Supremo Director de la Guerra sólo logró conformar luego tres y se procedió a una contraofensiva sobre Rionegro, provistas las fuerzas de sólo 40.000 cartuchos. Agrega finalmente la autora: “No se entiende por qué regresaron en busca del enemigo sobre una región ya desolada, cuando estaba despejado el camino hacia la Costa en donde había elementos de toda clase y el general Justo L. Durán tenía un ejército deseoso de pelear. Lo que vino de allí en adelante, finales de junio hasta agosto de 1900, fue una sucesión de encuentros y derrotas, decepciones y amarguras”.



Durante los meses de julio y agosto de ese mismo año los “ejércitos” liberales dieron doce batallas en tierras santandereanas y las perdieron todas. Con la batalla de Palonegro en esta región se cierra el primer capítulo de lo que se conocería después como la guerra de los Mil Días, en la cual se combatió sin interrupción del 11 al 25 de mayo del mismo año; pero vendría después un segundo capítulo, más largo y sangriento aún, que marcaría hasta el presente la historia de Colombia. Esta vez el país entero debió soportar en todo su territorio una absurda guerra partidista que ensangrentó el territorio durante tres años y por la cual debimos pagar después todos los colombianos un precio demasiado alto, no sólo en sangre derramada, sino también en atraso económico y social. Y como si ello no hubiera sido suficiente, mientras los colombianos de aquella época se mataban entre sí azuzados por con-

signas banderistas, los gringos nos cercenaban a Panamá. Al final de aquella pesadilla, en tanto que en países hermanos se fortalecían las instituciones, se afirmaban las bases de la convivencia nacional y se creaba riqueza, en Colombia empezábamos a despertar apenas de aquel mal sueño a partir de 1903, el año en el que el presidente Rafael Reyes lograría imponer la paz e iniciar así un lento y fatigoso recorrido durante el cual no hemos logrado aún sacudirnos el viejo saldo rojo de injusticia, violencia y atraso. Son los coletazos del pasado.

ELKIN GÓMEZ

Ícaros criollos

Otro cóndor sobre los Andes. Historia de la navegación aérea en Colombia

Gustavo Arias de Greiff
Colección Especial Bancafé, Litografía
Arco, Bogotá, 1999, 224 págs.

En el año 1994 se inicia la publicación de la Colección Especial Bancafé y de la cual el presente volumen es el sexto publicado. El propósito central de esta colección fue ofrecer una visión amplia y completa sobre el desarrollo de la actividad del transporte en nuestro país, y para ello el autor eligió con acierto el medio más indicado: un libro que ofreciera a los lectores, además de un excelente recuento histórico sobre cada una de las modalidades de esta actividad a través de su desarrollo, el rico legado gráfico existente, tanto en archivos como en colecciones particulares. Conformado por numerosas fotografías, todas ellas son el mejor documento que permite fijar en el tiempo la auténtica odisea que constituyó la actividad del transporte en Colombia a partir de la leyendaria mula y, posteriormente, del tren. Como pasos siguientes vendrían la navegación en barcos de

vapor y otros más modestos, pero originales y pintorescos como la "chiva" y el cable aéreo. *Otro cóndor sobre los Andes*, libro del doctor Gustavo Arias de Greiff, viene a completar, junto con los anteriores, la hermosa colección sobre la historia del transporte en Colombia, con el salto más grande y prodigioso dado por esta actividad, cual es el de la aviación, y que nos permitió pasar, como dice la frase nunca desgastada, "de la mula al avión". El libro, de gran formato, presenta un extenso índice bibliográfico al final, con citas y notas correspondientes a cada uno de los capítulos, y en el cual aparecen los nombres de los autores y las obras consultadas. La calidad editorial del libro, así como la completa información contenida, integran, junto con la excelente muestra fotográfica, un verdadero documento sobre la historia y evolución de la aviación en nuestro medio.



En el año 2000 se cumplieron 81 años del nacimiento de la aviación en Colombia, tanto de la civil como de la militar. Esta nueva actividad en el mundo había dado ya sus primeros pasos a finales del siglo XIX, sin tener en cuenta, claro está, los intentos iniciales durante el siglo XVIII, que permitieron al hombre elevarse sobre el suelo en un globo aerostático. En el siglo pasado, y a partir de la primera guerra mundial, los adelantos técnicos logrados permitirían muy pronto que los frágiles aviones de madera y tela del comienzo, provistos sólo de un pequeño motor, adquirieran la fuerza y la autonomía

de vuelo necesarias para elevarse sobre el suelo de los países en donde la aviación tuvo sus orígenes, y cruzar sus fronteras para llegar a países tan lejanos como el nuestro, aunque primero debieron hacerlo en las bodegas de los barcos, finalmente en tren y en ocasiones a lomo de mula, antes de que pudieran remontar los aires de nuestra Colombia. Una vez armados en tierra los aviones, llegaron también sus aviadores, como fueron llamados durante algún tiempo los inolvidables aventureros que volaron aquellas primeras máquinas. Quizá sea esta etapa inicial la más romántica de la aviación y de la que habrían de escribirse luego historias y relatos de ficción memorables y a los cuales se refiere Arias de Greiff con justificada nostalgia. Dice con toda razón que entre los años veinte y cuarenta el influjo de la magia de la aviación fue mayor que el que habrían de ejercer más tarde los viajes al espacio, los satélites, el viaje a la luna. Las películas que vendrían luego, como *2001: una odisea del espacio*, y las demás del mismo género, logran impactar más por el impresionante despliegue de tecnología cinematográfica, por la espectacularidad de sus imágenes, más cerca de las tiras cómicas y alejadas por completo de la fascinación romántica que ejerció la aviación en sus primeros años y que produjo a su vez su propia literatura. Un pequeño biplano de madera y tela que surge lentamente del fondo de un ocaso esplendoroso y aterriza dando saltos en una llanura solitaria. Esta imagen en la mente del reseñista pudo haber surgido de la pantalla de un cine olvidado o tal vez sea un reflejo de lecturas lejanas de adolescencia, el recuerdo de aquellos aviadores legendarios, tanto los reales como los imaginarios: Jean Mermoz, Antoine de Saint-Exupéry, Alcock Brown, Lucky Lindy, Wiley Post y muchos otros que cita Arias de Greiff, y se refiere igualmente a uno de los héroes más grandes de la ficción aérea: el gran Bill Barnes, invencible en el aire.

Pero si la literatura, y aun el cine, tuvieron en aquella época sus hé-